

A 863
C.

PQ 7797

03

N4

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO EDWARDS

22728
81111

NEBULOSA

I

A la imaginaria Marplatina, que sobre la atlántica costa, á pocas horas de la Capital Federal, remedar quiere, con mayor ó menor fortuna, el lujo chillón, el vicio elegante, la ociosidad de buen tono de los balnearios más famosos de Europa, una de las primeras golondrinas que llegaban era don Valentín Casuso, con su traje negro irreprochable, del luto eterno de un su tío que le dejó pocos pesos como el mejor recuerdo, y su pechera blanca, el sombrero con gasa, en calcetines, que por llevar zapatos también blancos parecía que no los llevaba, y las esponjadas patillitas de albas canas; y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1625 MONTERREY, MEXICO

todo era llegar D. Valentín, el compañero de las excursiones alegres á la Laguna, al Faro ó allí donde una buena pierna y una guitarra bien templada hicieran falta, y comenzar á afluir á Marplatina la concurrencia de bañistas acalorados y espléndidos, sin duda (y guárdese el secreto) porque practicaba la conocida receta del satírico, de ir delante de todos para que todos marcharan detrás de él.

Antes de emprender su obligatorio é imprescindible viaje veraniego, de hombre de mundo farolero aunque machucho y solterón del género de los ternes inofensivos, pasaba Casuso revista á la serie de pantalones, chalecos, americanas, sombreros, camisas, botas y corbatas que formaban toda su familia y la afección más cara de su vida: desechaba unos, reponía otros, con fácil largueza porque en su presupuesto el principal capítulo era el de la indumentaria, y botón que flojeara del *smoking*, trencilla envejecida, mácula impertinente, costura que se viera ó forro que sacara la lengua, lo entregaba al brazo secular de Telésfora, su

sirvienta, la vieja Teles, que para hacer justicia con las tijeras y la aguja tenía unas manos primorosas.

Luego procedía al examen del tocador: unguentos, esencias, lociones y menjurjes de toda laya en tarros, en botes, en frascos y en pomos, que renovaba por completo, pues el gasto era extraordinario. Y envuelto, arreglado y ordenado todo en la bonita maleta de piel de lagarto apócrifo y cerraduras de brillante níquel, registraba la cartera y el cajón de la derecha de su mesa humilde de escribir, á solas en el humildísimo despacho de la casa en que vivía, desmantelada toda, y allá por los barrios extremos donde á ningún acreedor se le ocurría guiar los cansados pasos. ¡Ay! en esta operación final y de grave trascendencia nada valían las habilidades de Teles, ni el abundante surtido de las tiendas de ropas y de las perfumerías, porque los dineros con dineros se reponen, ó con el trabajo que los produce, y el gran Casuso, azotacalles desde que soltó los andadores, y huérfano y solo

pudo hacer capa y sayo á capricho, ocupaba el año entero en ir al club y á las carreras, y consumía su vida en la absoluta esterilidad de la pereza.

Mas también la suerte repone á veces las carteras vacías y las gavetas exhaustas, y la suerte era fiel compañera de D. Valentín en Marplatina, graciosa compensadora de las estrecheces de la renta de su tío difunto, y no sólo en Marplatina, sino también en la ciudad, en el círculo *El Sable y el Florete*, de que era socio fundador y donde más de una vez, en temporadas angustiosas, un vuelco de naipes le salvó de los apuros insoportables que molestaban groseramente su existencia de sibarita de afición y á ratos, nacido en la grandeza, criado en la opulencia y lanzado por la ruina al despeñadero de la pobreza entre los escombros de su casa solariega derrumbada. También (¿habrá indiscreción en contarlo?) el sablazo oportuno, muy fino y muy oportuno, era recurso útil cuando la señora suerte se hacía la sorda y estaba á punto D. Valentín

de perder el difícil equilibrio que le mantenía en el medio social suyo, fuera del cual no podía respirar y al que sacrificaba su estómago, víctima propiciatoria, que lo que se come el público no lo ve, y las exigencias vulgares de interior, pues nadie pregunta si duerme en un camastro al que luce su frac con gallardía.

La pobre Teles, que hacía veinte años que le cuidaba, y en su servicio y obsequio gastó los atractivos de su florida juventud, resignada heroicamente, por sentencia del tiempo, á su papel de criada después de haber sido señora, agradecía el que la guardase todavía junto á sí y no la hubiera arrojado ya como trasto viejo á la calle, atribuyendo á bondad de corazón lo que era fuerza de la costumbre. Y cosía, cepillaba y lavaba, y lo hacía todo complacida, admirada de la juventud perpetua de su señor, de verle tan esbelto y fachendoso como en los tiempos pasados en que la criadita agraciada escuchó sus primeros chicoleos. El tiempo sólo había corrido para ella, arrugándola, blan-

queándola el cabello, robándola dientes y muelas...

—¿Verdad, Teles, que estoy cada día más flamante?—decía Casuso mirándose en el espejo del armario;—ni una pata de gallo, Teles, ni barriga siquiera. ¡Que me echen á mí pollos de veinte años!

La mujer asentía melancólica, pensando en que un señor tan bien conservado debía de andar, y sin duda andaba, en líos amorosos. Positivamente nada sabía Teles, porque era tan pulcro, tan mirado que, aun viéndolo solo como vivía, por casa nunca se vieron trapicheos. Mas, á decir verdad, ¡paraba tan poco en casa! á dormir venía á la madrugada, almorzaba en la cama al mediodía, y una vez compuesto... hasta la madrugada siguiente. ¡Sabe Dios en qué pasaba el señor su tiempo! De todos modos, ¿qué la importaba á Teles? Miraba furtivamente al espejo y suspiraba, suspiraba muy hondo.

Todo estaba ya pronto, y D. Valentín enfundaba el guardapolvo de alpaca amarilla; Teles había llevado al coche alquilón

de dos caballos la maleta y la manta, á cuestas, como una acémila, bestia de carga que sufre sin quejarse, y entretanto D. Valentín, jovialmente, se despedía:

—Adiós, Teles, fidelísima y apreciablesísima Teles. Quedo satisfecho de ti, como siempre: de tus manos tan hábiles, de tu solicitud y de tu inteligencia. Ahora, hasta Marzo ó quizás Abril. Esto depende, hija, de la suerte, que muchas veces nos echa de Marplatina antes que las frescas brisas de otoño. Si algo ocurre, me escribes con esa hermosa letra que yo te envidio y que denuncia que ibas para maestra diplomada y todo si no me hubiera atravesado yo en tu camino. Historias antiguas, ¡y tan antiguas! Ya te mandaré yo de allí lo que pueda. Sólo te pido paciencia; que si no llegan á tiempo los giros, no será por falta de voluntad. ¡Te compadezco, Teles! Para ti el calor espantoso de este tórrido Enero, el aburrimiento de la soledad, el puchero y el asado de cada día, ¡y gracias!; la *milonga* del pianito callejero por las noches; para mí el frescor

marino y el *Manchester Hotel*, con sus distracciones sin cuento, su comida exquisita, su sociedad cremosa... ¡El delirio, Teles, el delirio!

—Vaya usted con Dios, señor—contestaba Teles simplemente.

Siempre fue el señor lo mismo: tan alegre, tan campechano, lo mismo durante el largo reinado de las gracias de Teles en la casa, que después de su destronamiento, hecho histórico que se produjo sin ruido, escándalo, revolución ni nada de lo que acompañar suele á un cambio de gobierno. Teles descendió de la altura doméstica á que se la había elevado en silencio, como algo incontrastable que se impone y no se discute, y esperó en el último rincón el puntapié final y el reemplazo despótico por otra soberana más joven y guapa. Pero no; el señor la mantuvo en la casa, fue compasivo, la tuvo lástima, prueba de que también la tenía ley; y el solio quedó vacante, al menos dentro de los muros palatinos, valga la metáfora. Y siguió tan campechano don

Valentín como antes, con el buen humor de siempre, que no se nublaba sino cuando el guardarropa sufría de la escasez que afligiera á menudo la bolsa del amo, y cuyos efectos se dejaban sentir principalmente en el puchero de la mal pagada y peor mantenida, aunque resignadísima, Teles.

—Vaya usted con Dios, señor—decía Teles simplemente.

Y D. Valentín se marchaba muy contento, y en las sombras del patinillo de la casuca destartalada quedaba la pobre mujer pensando que era mucha lástima que el señor derrochara fuera lo que tanta falta hacía dentro, y en la fachada personal gastase más de lo que, ya no el regalo ni el vicio, sino la necesidad, pedía por sus cien bocas gritonas é implacables...

Contentísimo marchaba D. Valentín, porque la temporada anual de Marplatina le aseguraba, por lo menos, dos meses de gaudamus, sin entreactos deplorables, bien alojado, bien comido y agasajado. La vida bonaerense, cada vez más difícil, más tra-

bajosa y áspera, alargaba la dura estación del invierno hasta lo imposible y lo absurdo; rehacios en dar los amigos, en fiar los sastres, en esperar el casero, los usureros en prestar y en sufrir más el estómago, ocasiones hubo que se pasó las semanas en la cama, enfermo de indigencia, sostenido apenas por los caldos chirles de Teles. ¡Ah, Marplatina! Marplatina era la abundancia, la alegría, el triunfo de su elegante y lustrada persona, que le ponía en evidencia, le exhibía, le sacaba de la obscuridad y embotamiento de su vida invernal, y al extender el campo de sus relaciones sociales le aseguraba también, con el deseado gaudium, provechosa cosecha; dígame, para descargo mío y en honra de D. Valentín Casuso, dentro de los límites estrechos de la más exquisita corrección y caballerosidad modernista, que él sería todo lo poltrón que se quiera, y defecto es éste que por lo común no se advierte, pero no pagaba más diezmos que al vestir bien y al vivir en grande, cuando podía y había de qué, aun-

que eso de *pagar* parezca un tropo literario y manera de señalar.

En la temporada á que voy á referirme estuvo en un tris D. Valentín de faltar gravemente á la ley de la elegancia y á sus costumbres, veraneando en la azotea de su casa, desierta playa nada semejante á la del *Manchester* seguramente, porque le cogió la estación en estado tan precario que Teles no pudo conciliar la escasez con la necesidad, milagro suyo de todos los días y por frecuente desdeñado del propio amo; no había seda para el *smoking*, las camisas pedían pecheras nuevas, el zapatero un anticipo, el casero tres meses vencidos... Más duro el invierno que otros, ni una mala butaca en la Ópera consiguió Casuso; el tapete de su círculo le puso mala cara, y más fosca que la suerte aún los amigos que solían ayudarle. Pero D. Valentín no se dejaba abatir por la adversidad; dió tres asaltos, lo menos, desesperados y á fondo, en la sala de *El Sable y el Florete*; condenó á la esclavitud del préstamo su modesto menaje de al-

coba, con mantas y colchones inclusive, media sillería y un reloj; ayunó cuarenta días y cuarenta noches, y al cabo pudo decir triunfalmente á Teles:

—Hija mía, hasta Abril. A ver cómo te las compones para comer mientras yo no te mando de allá los pesos del mes. Duerme, Teles; duerme mucho, que no hay mejor alimento que el sueño. El sueño produce también descanso, alivio, consuelo y alegría interior. ¡Dichosas las marmotas, Teles!

—Vaya usted con Dios, señor—respondió Teles simplemente.

Y se marchó D. Valentín en su coche alquilón de dos caballos, tan contento como estudiante en vacaciones, despidiéndose caritativamente de la ciudad, que ardía cual brasero caldeado y en la noche caliginosa imploraba del río una ráfaga de aire:

—Tened paciencia, que ya os la enviaré yo por correo y certificada. Entretanto, achicharraos en paz, y cambiad de postura sobre las parrillas si queréis fresco...

Más que otras veces le encantó en la es-

tación la vista de tanta gente conocida, el flujo de la muchedumbre de ricos y de venturosos, el vaho de la belleza y de la fortuna, que para sus pulmones de epicúreo era el mejor oxígeno: aquel alarde soberbio de la ciudad inmensa, agitada por el delirio como él mismo, mendigo con harapos de seda, le regocijaba profundamente. Hombre del día, desdeñoso de lo porvenir, exprimía del presente todo el jugo que le era dable gustar; la pobreza la sufría como lepra asquerosa: así, miraba con ojos de convaleciente, agradecidos y llenos de ternura, á todos los que, rozándole, corrían al asalto del tren de lujo. Eran los escogidos, los afortunados, los mejores, de verdad ó en apariencia, como él.

Se arrellanó en su asiento del *sleeping* con fruición, sonrió á los vecinos, feliz, absolutamente feliz de verse allí, en su papel de rico, que tan bien sabía desempeñar. ¡Al diantre la Teles y sus miserias, y las propias correrías y ahogos entre sablazos y trampas! Estiraba el blanco puño de la ca-

misa con majestuoso ademán: á Marplatina se iba D. Valentín Casuso, ¿no lo sabían todos? ¿no pensaban los cronistillas sociales anunciarlo á la ciudad y á la República?

Aunque su desdichado estómago no pasara tal cuaresma de ayunos y abstinencias, la comida del *restaurant* le pareciera deliciosa, como le pareció, sin querer acordarse del puchero de Teles para no amargar su alegría, y la litera más blanda, las ropas más finas y el viaje menos fatigoso y largo... ¡Cómo durmió! ¡con qué satisfacción de toda su persona se entregaba al molesto zamarreo, mucho más grato que la quietud de su lecho mezquino! ¡Oh Casuso! ¡dichoso tú mil veces!

En el patio del gran hotel marplatense, con pretensiones versallescas, al dulce murmurio de las olitas marinas, le recibió por la mañana Pepe, el mozo de comedor, el mismo de todos los años, con sus insolentes bigotes á lo chino, que por aquí la democracia deja á la voluntad lo que exige y

debe exigir la clasificación establecida. D. Valentín, como gran señor que arriba á su castillo, entregó solemnemente su maleta y descendió del ómnibus con el aplomo que le daba su alcurnia indiscutible.

—Buenos días, Pepe, ¿qué tal? Aquí estamos, hijo, deshecho por el ferrocarril y perdido de carbón y de polvo. La suciedad me molesta, me crispa los nervios... ¡Qué noche! ¡Agua, Pepe, agua! ¿Está mi habitación desocupada? Ya sabes que yo no quiero otra ni mejor alojamiento que el del *Manchester*... No me encontraría bien en ninguna parte. Vamos allá. ¿Hay mucha gente? ¿llegaron las de Asnabal, las de Soto? ¿sí? Y Schlingen, ¿ocupa ya *La Walkyria*? Pronto vendrá, hombre; como que en cuanto llega Casuso, la temporada queda oficialmente abierta... ¡Qué aire, Pepe! Déjame respirarlo bien, déjame tragar una buena bocanada... ¡Y pensar que los pobres porteños se asfixian á estas horas y esperan con terror el acreditado *coup de leur*! ¿Adelanta esto, Pepe? ¿qué tal la

Rambla? ¿cuántos nuevos hoteles se han construido? Tú y yo, que bien podemos llamarnos los fundadores del pueblo, debemos estar orgullosos de sus progresos. ¡Que vengan los yanquis á enseñarnos á crear ciudades en un día!

Cargado el mozo con el equipaje, no se cuidaba de contestarle, y llevaba al locuaz viajero al trote largo por aquellos corredores de suntuoso palacio con vistas sobre el mar, que cabeceaba á sus plantas jugueteón; y aunque la carrera fatigaba á D. Valentín, no paraba de hablar, cruzando galerías, subiendo escaleras...

—¿De veras que no está ocupada mi habitación?

Y Pepe se reía, grosero y desdeñoso. ¡Su habitación! el mechinal debajo del alero del tejado, allá en los pabellones de la dependencia. Siempre los había libres, y no era menester mandar retenerlos por telégrafo. Si se tratara, por ejemplo, del departamento que ocupaba la familia de D. Navigio Soto: tres alcobas y una sala de

recibir en el principal, mismamente como el de D. Gabino Asnabal...

—Yo no tengo familia—contestó picado Casuso,—y no me hace falta tanto. Realmente, no sé cómo puede Soto darse tal lustre de reservarse departamentos del principal y en el *Manchester*, cuando está hundido y se le acabaron ya la senaduría y el ministerio... ¡Mucha cosa es la política!

—Pues ahí verá usted—indicó el mozo, trepando la última escalerilla.

Habíanse cruzado con otros viajeros y con otros mozos, tan fatigados y polvorientos y tan cargados como ellos, y apenas se miraban, por la preocupación de encontrar cada cual agujero donde meterse, más ó menos grande y lujoso, de acuerdo con los bolsillos y las pretensiones. El que tocó en suerte á D. Valentín merecía el nombre que Pepe le diera, y era, en efecto, un bonito mechinal, muy limpio, pero tan estrecho que hubo que poner la maleta debajo de la cama.

Despidió á Pepe D. Valentín, otorgán-

dole de propina, con prosopopeya señorial, un billete de veinte centavos (¡brisas de Marplatina, no vayáis con el soplo á la Teles!), y se dispuso á asearse, con grande trabajo porque no era posible revolverse sin darse un trastazo. Se aseó, sin embargo, generosamente; se acicaló, se calzó los blancos borceguíes, inmaculados, y ordenado el escuadrón de frascos y botes sobre el lavabo, se puso á la ventana... El mar encorbaba los relucientes lomos, y sobre ellos cabrilleaban espumosas las olas que el viento perseguía, estrellándolas en la playa, donde algunas barcas de pescadores dormían al sol, panza arriba; el cielo muy azul, con ligeros cúmulos hacia el oriente; el aire, poderosamente ozonado... Alegrábase el alma y ensanchábanse las narices con aleteo ansioso de sediento.

No era Casuso ni artista ni poeta, á Dios gracias; y así, lo que él contemplaba desde lo alto de su mechinal, nada tenía que ver con el homenaje que á la naturaleza rinden las almas escogidas; lo que D. Valentín ha-

cía era espiar, como el milano, la presa del día, buscando en la playa ó en el patio del *Manchester*, ya entrara, ya traspusiera la verja el amigo, el conocido, la víctima suya veraniega.

Y como la suerte no le abandonaba nunca en Marplatina, no bien se puso á la ventana vió que del hotel salía un estragado petimetre con negligente traje de mañana, Gabinito Asnabal, el hijo del riquísimo hacendado D. Gabino, y con él el doctor Rómulo Pares, *sportman* distinguido, rey del tapete y coco de las mujeres... Castañeteó el milano su pico, allá arriba, de gusto, y se esponjó satisfecho. ¡Gabinito y Rómulo! Estaba seguro de que los encontraría, y en ellos traía puesto el pensamiento. Muy buenos chicos los dos, generosos, noblotes, locos por el juego y el amor. Delante del tapete verde, la actitud fría, correctísima, sin emociones ni desplantes, de Gabinito era asombrosa; se dejaba ganar los miles de pesos de su papá con frescura que pasmaba. Pues ¿y Rómulo? Rómulo no era